



PEDRO ANTONIO DE ALARCON

NECROLOGÍA

I

Juventud.—Primeras aventuras.—Bohemia literaria
y política.

LA noticia de la muerte de Alarcon ha levantado gran clamoreo, y, por espacio de media semana, llenó la prensa un nombre que iban deshabituándose de componer los cajistas de periódico. Enfermo, retraído, puede decirse que incomunicado con el mundo, Alarcon ya no pertenecía á la hueste de los literatos militantes; y tan persuadidos estábamos todos de su grave estado y de la proximidad de un desenlace triste, que hará cosa de un año corrió la falsa nueva de su falleci-

miento, y más sorprendió desmentida que propalada.

Al bosquejar — en cumplimiento de la obligación contraída con los lectores del *TEATRO CRÍTICO*—la necrología del escritor ilustre, he de principiar diciendo que esta tarea la desempeñaría hartó mejor alguno de los compañeros de la bulliciosa juventud y vida bohemia del autor de *El Escándalo*, entre los cuales no faltan excelentes escritores. Tendría así la historia de la vida de Alarcon y el estudio de su personalidad el intenso colorido que yo no podré darle, pues ni pertenezco á su generación literaria, ni le he tratado sino muy superficialmente. Además contendría datos inéditos y curiosos; sería *diario de testigo*, no relación de historiógrafo que descansa en el testimonio, indirecto ya, de los documentos. Estos mismos documentos escasean: no conozco más biografía algo extensa de Alarcon que la puesta por D. Mariano Catalina al frente de la primera serie de *Novelas cortas*: trabajo que sólo alcanza hasta 1881. Verdad es (di-

gámoslo para cobrar ánimo y esperanza) que la biografía de Catalina es utilísima, y que en las obras mismas de Alarcon rebosa la autobiografía, y hay mucho lirismo, mucha página transparente, mucho párrafo de esos en que un autor se confiesa con el público.... Á ellos me atenderé, citando textualmente; y sobra añadir que agradecería muy de veras, para el caso probable de la reimpresión de estas páginas, toda rectificación ó aclaración que me faciliten los amigos íntimos del muerto, cuya memoria quiero y debo respetar.

Previas estas salvedades, contemos la agitada, varia y azarosa existencia del escritor que sirvió de puente entre el romanticismo más descabellado y huero, y el realismo más castizo y donoso. De ella puede sacarse bastante enseñanza literaria, que deduciremos luego, al estudiar los frutos del meridional ingenio que creó *El Sombrero de tres picos*.

Alarcon nació el 10 de Marzo de 1833, en la provincia de Granada y en la ciudad

de Guadix, que según nos informa él mismo, « tiene catedral, alcazaba árabe, río, huertas, vega, olivares, viñas, sierra, batallón provincial (hoy *de depósito*), juez de ascenso, dos lápidas romanas y un relieve fenicio.... », y con tener tantas cosas buenas del orden arqueológico y del topográfico, era, sin embargo, cuando vino al mundo el que había de ser su hijo más esclarecido, una pobre ciudad agrícola, ó por mejor decir una ciudad de colonos. « Los duques y marqueses á quienes se repartió su territorio después de la Reconquista (y cuyas grandes y ruinosas casas, coronadas de torres, se ven todavía en solitarias calles) se habían ido á vivir á Granada ó á la corte de las Españas: los otros *pobladores* empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculación, que había fraccionado sus caudales: las Órdenes religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habían sido privadas de sus bienes y suprimidas; el Provincial, su ilustre batallón provincial, se hallaba en Navarra ó Ca-

taluña peleando contra el Pretendiente; el Ayuntamiento veía limitadas sus atribuciones; los antiguos Corregimientos no existían; todo el mundo vestía ya de paisano, sin capa de grana ni espadín; los tradicionales gremios pertenecían á la historia; la *Alcazaba* era un montón de ruinas! De la antigua grandeza sólo quedaba en pie un monumento, y ese era la catedral. » Á esta catedral, alma y vida de Guadix, único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia en la ciudad decadente, declara Alarcon que debió sus primeras impresiones artísticas, confirmando una vez más la fuerza sugestiva de las catedrales, reconocidad por Renan. ¡Ah! ¡Una catedral no puede verla con indiferencia sino quien carece de fantasía!

Tan deslustrada como Guadix estaba la familia en cuyo seno nació Alarcon; las luchas del patriotismo, á principios de siglo, la habían dejado casi arruinada, y para aumentar sus apuros, vinieron diez vástagos á llenar la casa de D. Pedro

Alarcon y su esposa doña Joaquina Ariza. El futuro novelista hacía el número cuatro de esta numerosa prole, y aún alcanzó á ver, conservados como reliquias, la capa de grana y el sombrero trípico de su abuelo el Regidor perpetuo, indicio de que, antes de la invasión francesa, los varones de su estirpe se contaban entre los más graves y calificados de Guadix.— La mutación de los tiempos y la imposición de las circunstancias, pusieron á Alarcon á dos dedos de cantar misa. Sus padres, que habían principiado á costearle en la Universidad de Granada la carrera de Leyes, no pudieron prolongar el esfuerzo, y se vieron precisados á confinar á su hijo en el estudio de la Teología, señalándole como campo de probable medro la Iglesia. Mas el joven estudiante, abrasado en devoradora actividad, con el alma llena de aspiraciones y sueños, sintiendo brotar en ella á chorros el espíritu aventurero y la poesía, resistió vigorosamente. La lucha que sostuvo para no ordenarse, es de las

páginas más interesantes de su biografía, y la narra el Sr. Catalina con tal acierto, que lo mejor que puedo hacer es cederle la palabra. «Tal resolución (la de que Alarcon cantase misa), vista con imparcialidad, no dejaba de ser razonable: tenían muchos hijos, y era muy natural que aspiraran á que los mayores fueran con el tiempo guía y amparo de los pequeños. La carrera eclesiástica, ya entonces decaída y maltrecha, no lo estaba tanto como ahora, y aun ofrecía subsistencia segura y decorosa: en ella podía aspirarse á elevadísimos y retribuidos puestos: y, bien mirado, si Dios se servía inclinar las dotes intelectuales con que había adornado al joven Alarcon al estudio de las ciencias eclesiásticas, no hubiera sido milagro verlo algún día con manto y muceta en coro catedral entonando salmos y antifonas, ó con báculo y mitra otorgando bendiciones episcopales. Algo de esto debían de esperar aquellos padres del despejo y capacidad de su hijo, cuando tal empeño pusieron en disuadirle

de sus inclinaciones literarias, cosa muy razonable además, si se tiene en cuenta que en tales tiempos, el cultivo de las bellas letras era todavía más estéril y precario que ahora....

»El mismo poeta no desconocía acaso el fondo de verdad que resaltaba en las amonestaciones de su familia; y esto por una parte, y por otra la idea del dolor y desolación que penetraría en su casa el día que él saliera de ella, le mantuvieron en un estado de lucha entre su amor filial y su vocación, violentísimo en un hombre, casi inconcebible en quien acaba de salir de la infancia....»

No juzgo necesario seguir al Sr. Catalina en la tarea de buscar excusas y paliativos á la desobediencia filial de Alarcon. Lejos de parecerme censurable su fuga de la casa paterna, la encuentro hasta loable, dado que la conciencia le decía á gritos que, de doblegarse á la voluntad de sus padres, pararía en mal clérigo—el ser más desdichado y aborrecido en naciones católicas como España.

—Cada hombre es árbitro de su destino, y la extensión *ilimitada* de la autoridad paterna no se concilia con este humano dogma.—Yo ensalzo, pues, la bizarra y graciosa escapatoria del joven Alarcon, y encuentro sorprendente el arbitrio de que se sirvió para allegar dinero. Consistió en escribir artículos para un semanario titulado *El Eco de Occidente*, que se fundó en Cádiz, y por lo visto logró aceptación y produjo algunos ochavos á sus redactores. Con tan inverosímil maná en el bolsillo, pudo Alarcon evadirse de su hogar.... Faltábanle menos de dos meses para cumplir la crítica edad de veinte años.

El momento en que Alarcon se arrojó á la lucha destellando fuego é ilusiones, era de los más turbulentos de nuestra historia contemporánea. Reciente el triunfo de la revolución en Francia, desvanecido el iris de paz que hiciera brillar sobre dos fórmulas sociales al parecer inconciliables la palabra evangélica de Pío IX, en España el liberalismo pugnaba por que

no le ahogase en su cuna la reacción, que llevaba todavía la mejor parte. La férrea mano de Narváez había preservado á España de los sacudimientos que conmovían á nuestros vecinos ultrapirenaicos, ya que no dominado la mal extinguida hoguera de la guerra civil; pero el volcán ardía interiormente, y bastaba su sorda trepidación para estremecer el suelo. La atmósfera estaba caldeada, y sus átomos tenían que inflamar todo pulmón juvenil. Respirábase ambiente revolucionario, y la popularidad de la reina Isabel II, cuyos últimos resplandores brillaron después del atentado del cura Merino, andaba ya tan seriamente comprometida, que principiaba á bullir la idea del destronamiento y del cambio de dinastía, idea realizada quince años después. Y el hombre que había de minar el trono que otros derrocaron; el iniciador de nuestra corrupción política, el Maquiavelo de cuartel que se llamaba Leopoldo O'Donnell, llamado á concebir la fórmula, laxa hasta la más profunda inmoralidad,

dad, de la *unión liberal*, el futuro protector de Alarcon (para decirlo de una vez) ya preparaba la *vicalvarada* famosa, principio de los acontecimientos que obligaron á la desdichada hija de Fernando VII á reconocer que «una serie de deplorables equivocaciones» la había separado de aquella nación, pronta, algunos años antes, á hacerle muralla y escudo con sus pechos.—Alarcon encontraba á su patria en uno de esos estados transitorios en que una sociedad se disuelve moralmente, aunque en la apariencia se mantenga en pie; en que las ideas nuevas hierven y revientan en furioso espumarajo, porque una gran fuerza de inercia las comprime; en que se anuncian y presienten, no evoluciones graduales y lentas, sino trastornos súbitos; en que una nación comprende que se ha quedado rezagada y quiere correr en un día lo que no anduvo en medio siglo; en que el encono de la lucha obliga á cerrar los ojos respecto á los medios; en que brotan del suelo regado con sangre,

como venenosos abrojos, la calumnia, el libelo, la sátira; en que prosperan el periódico clandestino y la soez caricatura; en que la sociedad es el Océano, y el hombre de inteligencia y voluntad el corsario. En esta clase de periodos de la historia, el joven resuelto á abrirse camino encuentra muchos, no todos rectos, y le tienta, y casi se le impone, el *condotierismo* político.... Según los hechos relatados en su biografía y atestiguados por él mismo, Alarcon tropezó á las primeras de cambio en este escollo.

Nótese que voy ciñéndome más bien á la historia política y dramática de Alarcon, que al conocimiento de sus orígenes literarios, de los cuales más adelante hablaré; y bien podría pasar, como quien resbala, sobre esta parte de su juventud, si en ella no se contuviese la explicación de ciertas fases de la edad madura....

Fué la primer salida de Alarcon á Madrid la clásica odisea del vate novel que desembarca en una capital, llevando por viático algunos centenares de cuartillas, que

creo suficientes para inflamar sin dilación la pólvora del entusiasmo y ascender de un brinco al pináculo de la fama.... Eran sus cuartillas la inevitable obra de reflejo, que inspira el espejismo de la admiración á los muchachos precoces en letras: una continuación del *Diablo Mundo*. Otros autores la tenían ya escrita y aun publicada, y el mozo granadino pudo convenirse de que por ahí no iría á ninguna parte. Esto, el acabarse los dineros y la suerte de soldado que cayó sobre él, le volvieron al poco tiempo, mohino y de mal talante, á la casa paterna. Su familia mostró loable transigencia; no contenta con redimirle, le dió suelta otra vez, permitiéndole sentar sus reales en Granada. De esta época procede la fundación de la famosa *Cuerda granadina*.

Á la sazón el individualismo y el *chacun pour soi* no formaban parte integrante del credo literario: la juventud era más expansiva, alegre y vibrante, y la lectura de Balzac y la organización del *Cenáculo* romántico francés inspiraban esta

clase de asociaciones, frecuente origen de amistades robustas. De los afiliados á la *Cuerda*, pudieron acompañar á Alarcon á su última morada (por ser todavía, á pesar de los años y las canas, sus más entrañables amigos) Castro y Serrano, Fernández Jiménez, Manuel del Palacio..., tal vez alguno más: especifico á estos tres, porque tengo el gusto de tratarlos, y porque de sus labios he oído, en mi casa y en la de mi buena amiga la señora de Riaño, anécdotas sabrosas referentes á la *Cuerda*, transformada en *Colonia granadina* cuando se trasladó á la corte. Los fastos de la *Cuerda* son el lado bohemio de la vida de Alarcon. Aquella colección de muchachos de tanta chispa, despejo, cultura y facultades literarias, andaba siempre á la cuarta pregunta, y si lograba algún dinero, se apresuraba á despilfarrarlo con principesca largueza y oriental desdén. La antigua *Cuerda* — nos dice Catalina — poseía en *comandita* un humildísimo sotabanco, y ostentaba el expresivo lema de *¡Sin un cuarto!*,

«que tenía la ventaja de ser, además de lema, verdad indiscutible». «Desde las alturas de aquella desencantada mansión, llovieron á porrillo sobre la corte versos, artículos, chistes, melodías, dibujos, cuentos y anécdotas que llegaron á ser celebrados y pedidos con ansia por la culta sociedad madrileña: con esta benéfica lluvia de gracias, cayeron también los nombres de sus autores, y muy pronto se popularizaron y aun se hicieron célebres; pero siempre, eso sí, siempre *¡sin un cuarto!*» Yo creo que fué á Castro y Serrano á quien oí referir, entre otras graciosas humoradas, el banquete que ofrecieron aquellos tronados favoritos de las Musas á un opulento banquero, convidándole.... á que pagase, arbitrio que él tuvo por salvador, pues los granadinos, á fuerza de elocuentes discursos en prosa y verso, ya le llevaban convencido de que el comer es cosa fea, á menos que se entienda por comida el espiritual manjar del ingenio y de la broma.

Comprendamos esta etapa bohemía,

que hoy la juventud desconoce, y que era fruto de la imitación de las letras francesas, imitación de que adolecieron Alarcon y su época (digámoslo claramente), más, mucho más que los que vinimos después. Aquellos brillantes mancebos parecían llamados á realizar el programa de Jorge Sand: «Narguons l'orgueil des grands, rions de leurs sottises, depensons gaiement la richesse quand nous l'avons, recevons sans souci la pauvreté si elle vient; sauvons avant tout notre liberté, jouissons de la vie quand même, et vive la Bohème!» Tiene, sin embargo, su reverso esta medalla, al parecer toda alegría, imprevisión y juventud; ofrece su lado melancólico y turbio esta poesía descuidada y aventurera del romanticismo. Debían de correr los tiempos de la memorable *Colonia*, cuando en una misma semana dijeron de Alarcon el marqués de Molins y Eulogio Florentino Sanz: «¡Este muchacho tendrá el desenlace de Larra!» «¡Este chico tiene cara de suicida!» Por aquella misma época fué cuan-

do á la romancesca bohemia literaria se mezcló la sospechosa bohemia política... y Alarcon consumó lo que se llama, en su biografía, la « calaverada » de *El látigo*.

Ya en Granada, terciara Alarcon en las revueltas políticas, poniéndose al frente del movimiento insurreccional, sorprendiendo un depósito de armas, y fundando la hoja anticlerical titulada *La Redención*. Otra se publicaba en Madrid—cuando Alarcon pasó á la corte—que se llamaba *El látigo*, y por las señas que leemos sería digno *pendant* de aquel clandestino *Murciélagos* que aconsejaba, como lección de moralidad, colgar del balcón principal de la Casa de Correos á D. José de Salamanca. De este *látigo* nos dice la *Siluetas* de Alarcon, publicada á raíz de su muerte por el muy ameno periódico *El Heraldo de Madrid*, que era « como un anuncio de *La Lanterne* de Rochefort ». Catalina nos lo describe en un párrafo gráfico. « Por aquellos tiempos publicábase en Madrid *un libelo*, mas bien que un periódico satírico, destinado á derribar á la

Señora que ocupaba el trono, y apadrinado por un alto personaje que después ha muerto con reputación de ser el arquetipo de la lealtad. ¡Así es el mundo! Todavía en aquella época había partidos y políticos creyentes, y contra *El látigo*, que así se llamaba el periódico, se levantó una cruzada de partidarios leales de la monarquía, aunque caídos por aquel entonces, dispuestos á defender por todos los medios á la reina y á la Señora. Su entereza y decisión logrólo de manera que á poco las retractaciones se hicieron casi diarias, frecuentes los cambios de director y redactores, comunes las actas de compromiso á no repetir los ataques á la persona que ocupaba el trono, y el periódico quedó sin interés ni atractivo por falta de escritores que se atrevieran á continuarlo en el tono y sentido en que había sido fundado. Así estaba *El látigo* cuando le ofrecieron á Alarcon la plaza de director, sin ocultarle los riesgos que llevaba consigo. »

Alarcon aceptó, — prosigue su amigo y

biógrafo, — porque tenía veintidós años, sangre revolucionaria y meridional, porque, fiel al programa consabido, se encontraba *¡sin un cuarto!* y veía pronta ocasión de hacerse célebre. Consigno la apreciación del Sr. Catalina sin quitar ni poner: Alarcon tenía á su biógrafo por excesivamente indulgente, lo cual indica que reconocía con creces aquel gordo pecado de la mocedad. «El Alarcon de *El Látigo*» — dice la *Siluetta* de *El Herald* — «no conoció respeto humano ni divino. El ímpetu juvenil, la sangre mora, la lucha por la vida, el ansia de *llegar* al aplauso conquistado en las calles, la popularidad alcanzada en un día, sirvieron de estimulantes á la pluma brillantísima, transformada, burla burlando, en damasquino puñal.»

De buen grado registraría la colección de *El Látigo* para ofrecer á mis lectores alguna muestrâ de esas puñaladas, que tengo para mí han de ser dignas del registro. Pero habrá que aplazar éste, porque desde mi Granja de Meirás no es fácil

exhumar un periódico satírico de 1853. De todas maneras, demos por supuesto lo de que allí no se conocía «respeto humano ni divino», y observemos que tal empresa sólo podía encontrar excusa en los riesgos que llevaba consigo, y que Alarcon había de tocar bien pronto y de un modo bien trascendente para su porvenir. Porque si no entrañase riesgo, y riesgo de la vida, todos me concederán que es aún más reprobable y menos caballeresca hazaña la de servirse de la pluma como de un puñal, escribir un libelo contra una señora, y no respetar cosa alguna en el cielo y en la tierra. El riesgo, si no cohonesta tales demasías, les quita su carácter antipático y rastrero. Y el riesgo vino, inminente, apremiante, y casi milagrosa la salvación de él: porque algo tiene de asombroso el que Heriberto García de Quevedo, con la existencia de Alarcon en el cañón de su pistola, lo alzase disparando al aire y perdonando la vida á tanta hermosa página como le quedaba por escribir al entonces «joven y terrible libelista».

Para juzgar más benignamente este período de la actividad de Alarcon, hay que tener en cuenta.... lo que tan á menudo suele olvidarse: las circunstancias históricas, el ardor de la lucha. Libelos escribían entonces, y libelos siguieron escribiendo años después (cuando Alarcon ya había sosegado) algunos literatos dignos de dar á sus facultades mejor empleo, pero obedientes á la ley, imperiosa y coercitiva, del momento y de la ocasión. No necesito citar nombres. Si Alarcon no hubiese pecado, en los últimos tiempos de su existencia, de intolerancia excesiva para con manifestaciones literarias muy más pacíficas, inofensivas y legítimas que *El látigo*, hasta tendríamos escrúpulo de recordar esa hora de leonina calentura política y de ansia immoderada de *parvenir*.

II

La guerra de África. — Últimas aventuras. — Carrera política frustrada.

De cualquier modo, el instante del lance personal con Heriberto García de Quedo declara Alarcon que fué para él punto menos decisivo y solemne que para Saulo el perseguidor el que le vió besar el polvo de la ruta de Damasco. Reprodúzcanos su franca declaración. «Á los veintiún años, caballero andante de la revolución y soldado del escándalo, luché cara á cara con el poder más fuerte de mi patria, para venir á verme una mañana de Febrero, solo, en un campo desierto, á merced de mis enemigos, no sabiendo mi imperita mano defender mi vida, y debiéndosela á una noble genialidad de mi contrario, mientras que mis cómplices de redacción se lavaban las

manos, ó *hacían todo lo contrario de lavárselas*. Pero si mi desengaño y mi pena fueron horribles, el escándalo había sido igual; y cáteme V. ya *célebre* en la villa y corte, cuando apenas me apuntaba el bozo, y consagrado *demagogo* por las mil trompetas de la fama, *el mismo día que dejaba de serlo. Tan cierto es que aquel día acaeció algo muy grave en mi corazón y en mi inteligencia, que desde entonces hasta que volví á publicar una idea política, ¡dejé pasar nueve años!...., toda mi juventud.*»

Notemos de pasada el origen *lirico* de las principales obras de Alarcon, pues así como la capa de grana, el espadín y el trípico del abuelo engendraron el delicioso cuento del *Corregidor y la Molinera*, en los párrafos que acabo de reproducir está la génesis de la historia de *Fabián Conde*. Pero notemos también lo impresionable del temperamento de Alarcon, lo crespado y alborotado de su alma de semita. Sus ideas revolucionarias no fueron hijas del raciocinio; su conversión

al «periodismo sano y elevado» tampoco lo fué. Ya sé que no es grano de anís el verse con la boca de una pistola apuntada á la frente ó al pecho; sin embargo, á los veintiún años y con *verdadera condición aventurera*, ¿quién no encuentra dulce el sabor del peligro corrido y conjurado? ¿Quién no se afianza mejor sobre las plantas de los pies, desde que recibe el bautismo del combate y mira cara á cara á la inofensiva, á la despreciable muerte? Se me dirá que á Alarcon no le asistía en aquella aventura la conciencia de haberse arriesgado por justa causa. Cierto, y eso mismo confirma mi observación. Alarcon había entrado por *impresionabilidad* en *El Látigo*, y por *impresionabilidad* se convirtió después del duelo. Lo escribo sin reticencia, con toda la lealtad que acostumbro, pues ni á mí ni á nadie puede ocurrir poner en duda el valor personal del futuro voluntario de África.

Entre las muchachadas políticas de Alarcón que reseñadas dejamos y el alistamiento contra el moro, transcurre un

periodo de paz y laboriosidad, de retiro en Segovia, de viajes á Francia, de ejercicio de la pluma, y supongo que también de alguna historieta juvenil. Sea como quiera, este lapso de tiempo no pertenece al biógrafo, por ahora al menos.—Lo único que resalta sobre estos años, en cierto modo anónimos, es el fracaso de un drama, *El hijo pródigo*, estrenado en Madrid el 5 de Noviembre de 1857, á beneficio del primer actor D. Joaquín Arjona. La caída de este drama (del cual á su tiempo trataremos) parece haber causado en Alarcon otra impresión indeleble, alejándole para siempre de la escena. Veintisiete años después aún habla con amargura de aquella noche que no puede olvidar, y atribuye á una confabulación ó complot el fiasco. No es ocasión aquí de ventilar este punto: baste á mi propósito notar otra vez la vehemencia de sentimientos y lo irritable é impaciente del amor propio de Alarcon.

Por entonces dice su biografía que penetró Alarcón en el *gran mundo*, donde

le esperaba, para lo venidero, buena clientela de lectores. Allí debió de recoger elementos para *El Escándalo*, *La Pródiga* y *El Capitán Veneno*. La atmósfera de los salones, tomada como *etapa de camino*, es—dígase lo que se quiera—favorable al novelista: allí se ejercita plenamente cierto género de observación muy *nuancée*, muy delicada, muy sagaz, porque tiene que buscar el alma bajo la coraza más resistente,—que es la de un vestido de seda.—La fiebre romántica ya se había calmado: Alarcon había atravesado la Bohemia sin detenerse, y del poeta melencólico de antaño, el del rostro de suicida, iba surgiendo el escritor aplaudido, próspero, mimado, con risueño porvenir, reconciliado con el mundo y consigo mismo, y famoso ya en la hermosa edad del sexto lustro.

Por entonces el conde de Lucena, dando una prueba más de su mañosa arteria, que no reparaba en medios ni escrupulizaba en arruinar ó desangrar á la nación con tal de llegar á sus fines, quiso en-